

Índice

| | |
|---|---|
| Introducción <i>Claudia Maldonado Graus y Bettina Schorr</i> | 7 |
|---|---|

I. Nuevos abordajes en el estudio de las desigualdades sociales

| | |
|---|----|
| La dignidad como lente analítico en el estudio de la desigualdad: reflexiones desde el caso chileno <i>Raimundo Frei y Macarena Orchard</i> | 49 |
|---|----|

| | |
|---|----|
| Hacia un nuevo paradigma dentro de los estudios de género: los aportes de la interseccionalidad a la investigación de las desigualdades de género <i>Martha Zapata Galindo</i> | 73 |
|---|----|

| | |
|--|-----|
| Zonas, entramados y brechas. Herramientas conceptuales para abordar las desigualdades urbanas en América Latina <i>Ramiro Segura</i> | 101 |
|--|-----|

| | |
|--|-----|
| Desigualdades socioambientales y socioeconómicas en América Latina: influencia de las elites y posibles respuestas fiscales <i>Jorge Atria y Karin Viveros</i> | 121 |
|--|-----|

II. Estudios empíricos

| | |
|---|-----|
| Las expresiones de las desigualdades en el hogar y en la provisión de alimentos: el caso de Santiago de Chile <i>Daniela García Grandón</i> | 147 |
|---|-----|

| | |
|--|-----|
| Conflicto trabajo/vida en Chile: una interpretación desde la reproducción social <i>Lorena Armijo, Catalina Arteaga y Catalina Barra</i> | 171 |
|--|-----|

| | |
|--|-----|
| Mujer, migrante y pobre: rasgos malditos de la alteridad en la multidimensión de la violencia en mujeres transmigrantes en México <i>Hada Soria Escalante</i> | 193 |
|--|-----|

| | |
|--|-----|
| Ciudadanías coloniales: mujeres centroamericanas jefas de hogar que viven en Costa Rica <i>Ana Lucía Fernández</i> | 209 |
| Compensando el tiempo perdido: las trayectorias adaptativas de tres comunidades peruanas afectadas por la minería <i>Tania Ramírez Farías</i> | 233 |
| Heurísticos burocráticos como mecanismos de reproducción de desigualdades sociales: un estudio de caso desde el norte del Perú <i>Narda Carranza Pinedo</i> | 255 |
| Desigualdades espaciales, capacidades y desarrollo en América Latina <i>Chiara Cazzuffi y Cristian Leyton</i> | 277 |
| Regalías petroleras y desarrollo local. El caso de la Amazonía ecuatoriana <i>Andrés Martínez-Moscoso, Rodrigo Mendieta Muñoz y Mercy Orellana Bravo</i> | 307 |
| Horizonte lejano, sueño imposible: desigualdades de acceso a derechos de ciudadanía laboral en Guatemala <i>Leslie Lemus Barahona</i> | 331 |
| Desigualdades, políticas sociales y fragilidad de las clases medias chilenas: de la excepcionalidad del modelo chileno a la tormenta perfecta <i>Emmanuelle Barozet y Susana Osorio</i> | 363 |
| Cooperativas de vivienda por ayuda mutua en El Salvador: un camino hacia la reducción de desigualdades multidimensionales <i>Vinicio Coreas y Melissa Salgado</i> | 387 |

III. Conclusión

| | |
|---|-----|
| La perspectiva microsocial: una agenda de investigación para comprender las desigualdades cotidianas <i>Claudia Maldonado Graus y Bettina Schorr</i> | 407 |
| Sobre los autores | 423 |

Introducción

Claudia Maldonado Graus y Bettina Schorr

América Latina es la región más desigual del mundo. Las razones que están en el origen de esta problemática son históricas y tienen su base en el legado colonial y republicano del subcontinente. Se fortalecieron y se transformaron en el siglo xx producto de acontecimientos como las dictaduras de los años setenta, la reconfiguración económica neoliberal a partir de los años ochenta y, ya en el nuevo milenio, la implementación de modelos de desarrollo neoextractivistas basados en la exportación de materias primas.

La observación de las dimensiones de las desigualdades en el subcontinente ha inspirado un amplio cuerpo de investigación y la reflexión sobre ellas ha crecido sumamente en las últimas dos décadas (Therborn 2006, 2013, 2015; López-Calva/Lustig 2010; Reygadas 2008, 2015; Gootenberg/Reygadas 2010; Costa 2011; Gasparini/Cruces 2013; Braig *et al.* 2015; Blofield 2015; Boatcă 2015; Jiménez 2015; Castillo Gallardo/Maldonado Graus 2015; Atria *et al.* 2018; Jelin *et al.* 2018; Sánchez-Ancochea 2021). Estos trabajos tienen como característico común el hecho de que dejan atrás el enfoque econométrico dominante que durante mucho tiempo equiparaba y medía la desigualdad como las diferencias en cuanto a los ingresos individuales (Atkinson 1980, 1983; Kuznets 1955).¹

La literatura actual parte de la observación de que las desigualdades sociales pueden expresarse de múltiples formas y en diferentes ámbitos, desde las desigualdades de ingreso y patrimonio hasta las que se expresan en las grandes asimetrías de poder político entre los grupos de la sociedad (Kreckel 2004) y las desigualdades socioecológicas. Este último concepto hace referencia a las asimetrías que existen entre las personas en cuanto a la posibilidad de vivir en un medio ambiente limpio y saludable y respecto al acceso a los recursos naturales (Góngora-Mera 2005; Göbel *et al.* 2014; Dietz 2017).

1 Ver Jelin *et al.* (2018) para la evolución de las investigaciones sobre la desigualdad.

En otros ámbitos, también existen desigualdades entre diferentes grupos o categorizaciones sociales como género, etnia o edad. Así las personas no solo son desiguales porque tienen menos dinero o porque poseen menos patrimonio, sino también por ser mujeres, personas mayores o porque se autoidentifican o son clasificadas por los otros dentro de un grupo étnico específico. La literatura se refiere a esta discriminación entre grupos sociales como desigualdad horizontal, a diferencia de las desigualdades verticales, basadas en el ingreso individual (Stewart 2008). Del mismo modo, podemos identificar desigualdades espaciales, es decir, grandes asimetrías entre los territorios de un mismo país, fenómeno que también es extrapolable a nivel global (Milanović 2005; Korzeniewicz/Moran 2009; Piketty 2014).

Todas estas dimensiones tienden a intersecarse y, al hacerlo, se refuerzan mutuamente (Crenshaw 1991; Krizsán 2012; Zapata, en este libro). De esta perspectiva se encarga el enfoque interseccional, el cual se centra en analizar cómo las desigualdades están cruzadas por variables históricas que distribuyen inequitativamente los bienes socialmente valorados, formando un sistema de múltiples y simultáneas categorías de opresión.

En términos empíricos la situación en América Latina es poco alentadora. A pesar del enorme auge económico experimentado por varios países en la primera década del milenio, las desigualdades se han agudizado producto de la baja de los precios de las materias primas en el mercado global (CEPAL 2017). A este panorama se suma el retroceso de los avances sociales y de los indicadores de pobreza como uno de los efectos de la pandemia de la COVID-19 (CEPAL 2021).

Hoy en día, las desigualdades sociales más evidentes y documentadas en la región siguen siendo aquellas relacionadas con los ingresos y la riqueza. El índice de Gini,² que mide la desigualdad de ingresos, se encuentra en promedio por encima del 0,45 en los países de la región (CEPAL 2017). Respecto a la concentración de riqueza, Oxfam (2014) calcula que en 2014 el 10 % más rico de la población controlaba el 71 % de la riqueza en la región, siendo los casos más emblemáticos Brasil, Chile y México.³ A estas,

2 Este es un indicador *proxy* que toma valores entre 0, para representar la ausencia de desigualdad, y 1, para representar la desigualdad máxima.

3 No existen datos públicos sobre la concentración de riqueza en la región, con excepción de Chile, donde en el año 2017 el 50 % de los hogares más pobres tenían una riqueza neta media de 5000 dólares, el 10 % más rico poseía un promedio de 760 000 dólares y el 1 % más rico, una cifra cercana a los tres millones de dólares (CEPAL 2019).

se agregan profundas desigualdades étnicas y de género que se expresan en altas tasas de pobreza y en la falta de acceso a los servicios de salud y educación para los grupos indígenas y, en especial, para las mujeres (Hall/Patrinós 2012; World Bank 2015, 2017). Asimismo, las desigualdades de género han ido creciendo en las últimas décadas, manifestándose sobre todo en altos niveles de violencia contra las mujeres y feminicidios cometidos. Países como Brasil, México y Argentina lideran la estadística de estos delitos en el mundo.⁴

Por último, América Latina se caracteriza por grandes desigualdades espaciales. La expresión más visible de este fenómeno es la diferencia en términos de desarrollo humano entre las metrópolis relativamente ricas y las zonas más pobres del interior o, más generalmente, entre las zonas urbanas y rurales, donde, además, vive la mayor parte de la población indígena (CEPAL 2019). También existen marcadas diferencias en cuanto al acceso a servicios públicos entre las entidades subnacionales de los países, más allá de la clasificación rural/urbano (Modrego/Berdegú 2015; Rodríguez-Silveira 2013; CEPAL 2017; Just Quiles 2019).

Si bien las investigaciones centradas en las desigualdades multidimensionales han crecido en número y en matices, un enfoque poco explorado es la perspectiva microsocia, que coloca en el centro de la discusión al individuo en su relación íntima y cotidiana con las desigualdades. Este enfoque se centra en cómo las personas viven, sienten e interpretan las desigualdades y, finalmente, en cómo reaccionan frente a estas asimetrías que dominan su interacción cotidiana con sus pares y con las instituciones públicas, en los espacios más básicos de la socialización como la casa, el trabajo, los centros educativos o en la vida en su comunidad.

Pocos autores se han acercado a la temática desde una perspectiva individual (p. ej., Araujo 2009, 2013, 2016; Vollhardt 2019), no obstante, contribuyendo con aristas funcionales a la perspectiva microsocia (Therborn 2006; Pickett/Wilkinson 2009). Este libro tiene el objetivo de promover y aportar a estos debates todavía incipientes al describir y reflexionar sobre los efectos que las desigualdades sociales tienen “en nuestras vidas”. Los capítulos de esta colección exploran cómo esta problemática es experimentada cotidianamente por los individuos de forma privada y en su entorno social inmediato, ya sea a través de la privación de bienes materiales o alimentarios o por la falta de servicios de salud, agua potable o electricidad.

4 Para más información, revisar <https://oig.cepal.org/es/indicadores/femicidio>.

También muestra a través de los casos cómo las desigualdades entre las personas o los grupos se agudizan como producto de un escaso acceso a vehículos de movilidad social como la educación o por vivir inmersos en la violencia (de género o callejera); por el padecimiento de dolencias físicas y por las enfermedades mentales generadas por el constante sometimiento al estrés (por el desempleo, por las deudas, entre otros). Asimismo, el vivir en desigualdad se experimenta en la discriminación, la privación de derechos y la falta de respeto que enfrentan diariamente los más desaventajados de la sociedad y que los despoja de todo reconocimiento y dignidad. Por otro lado, las contribuciones en este volumen indagan sobre cómo las personas reaccionan a las desigualdades, si las aceptan y se adaptan o si las disputan y las resisten para mitigarlas.

El foco en los efectos de las desigualdades sobre los individuos y las reacciones que generan enriquecerá la agenda de investigación de las desigualdades sociales en la región por, al menos, tres motivos: primero, ayudará a percibir de una forma más comprehensiva los altos costos que las desigualdades tienen en sus múltiples y trágicas facetas en la vida cotidiana de las personas; segundo, contribuirá a una mejor comprensión de los procesos acumulativos que empujan a los individuos a realizar acciones colectivas de disrupción, los cuales tienen un alto costo para la sociedad en general, como lo son, por ejemplo, las crisis humanitarias (migratorias, de violencia, etc.) o los conflictos sociales, y, tercero, permitirá prestar atención tanto a los procesos de adaptación, aceptación o tolerancia que terminan perpetuando las desigualdades, por un lado, como a los procesos de contestación y resistencia que contribuyen a su mitigación y reducción, por otro.

Para iniciar el debate brindamos en esta introducción un marco teórico-conceptual que permite captar las diferentes expresiones de las desigualdades multidimensionales e identificar a quienes las producen a través de varios mecanismos. A continuación, en diálogo con los pocos trabajos que existen, ofrecemos una serie de pautas teóricas y conceptuales con el fin de estudiar las experiencias cotidianas de las desigualdades multidimensionales, que además sirven para situar las contribuciones individuales del volumen. En este sentido, la siguiente sección define el concepto de desigualdades multidimensionales usado en este libro y analiza los productores y los mecanismos de producción. La tercera sección discute una serie de abordajes que están en línea con la perspectiva microsocia, de forma explícita e implícita, y documenta cómo los capítulos de este libro se relacionan con ellos y en qué medida aportan aspectos nuevos para avanzar con el debate.

Diferenciamos entre tres tipos de efectos que convierten las desigualdades en experiencias dolorosas para las personas afectadas. Primero, los causados sobre los cuerpos humanos, que se manifiestan en forma de violencia, enfermedades físicas y psíquicas y otras formas de sufrimiento; segundo, los emanados del maltrato que reciben los más pobres por parte de otros ciudadanos, que mella la dignidad y la autonomía de las personas y las priva de derechos; y, tercero, los de la desigualdad crónica, que trascienden las generaciones y que borran la esperanza de una mejoría en la vida a corto y medio plazo. La última sección contiene la estructura del libro y los resúmenes de los capítulos individuales.

Desigualdades multidimensionales: productores y mecanismos de producción

Reconociendo el carácter multidimensional de las desigualdades sociales, tal como ha sido descrito en la sección anterior, en este libro entenderemos la desigualdad como “la distancia entre las posiciones que los individuos o grupos de individuos asumen en el contexto de un acceso organizado jerárquicamente a bienes sociales relevantes (ingresos, riqueza, etc.) y recursos de poder (derechos, participación política y posiciones)” (Braig *et al.* 2015; Jelin *et al.* 2018). Además de los ingresos y bienes materiales, los bienes sociales relevantes incluyen algunos esenciales como el acceso a la tierra o el agua y también a la educación y la salud, la seguridad o un medio ambiente funcional y sano.

Es importante destacar que “la distancia entre las posiciones”, como se menciona en la definición, no existe por fuerza natural, no es una mera diferencia entre personas. Por el contrario, las desigualdades sociales resultan siempre de interacciones entre al menos dos actores (individuales o colectivos), que ocupan diferentes posiciones en la jerarquía social. Así, los que están arriba en la jerarquía movilizan recursos que pueden ser de diferentes tipos (material, político-legal) y generan —deliberadamente o no— una distribución desigual de los bienes materiales e inmateriales dentro de una sociedad local, regional, nacional y también global.⁵ Como consecuencia,

5 De hecho, la investigación ha descubierto que muchas veces las desigualdades resultan de *entramados globales* que conectan a actores y espacios asimétricamente dotados en todo el mundo, no solo dentro de fronteras nacionales (Burawoy 2000; Pieterse

los unos tienden a mantenerse en la capa superior de la jerarquía social y los otros, en la parte inferior.

Se pueden distinguir tres ámbitos en los cuales se generan o reproducen las desigualdades: el mercado, el Estado y la sociedad. A partir de diferentes intereses o esquemas culturales, los actores en estos ámbitos crean, reproducen y refuerzan las desigualdades mediante el establecimiento de instituciones formales (codificados) o informales (prácticas no-codificadas).

El mercado, como *productor* de desigualdad social, ha recibido mucha atención por parte de los economistas. La investigación empírica al respecto incluye, entre otros, estudios sobre sueldos discriminatorios, los cuales afectan a ciertos grupos sociales (por ejemplo, las mujeres o minorías étnicas y migrantes), y sobre la generación de monopolios por parte de grandes empresas, que perjudica a actores menos grandes, y estudios que revelan la violencia y la contaminación causadas por empresas en los lugares donde operan, como en el caso de las termoeléctricas o las minas a cielo abierto (Dietz/Engels 2017; Bebbington 2012).

El Estado es generalmente concebido como un nivelador de las desigualdades sociales a través de sus instrumentos de redistribución y su capacidad regulativa (Esping-Andersen 1990; Rosanvallon 2012). Sin embargo, también los actores públicos, los tomadores y ejecutores de políticas públicas en los niveles estratégicos y burocráticos de los Estados, pueden producir y perpetuar las desigualdades sociales (Dubrow 2014; Auyero 2016; Schlichte 2016). Esto puede ocurrir a través de varios mecanismos, por ejemplo, al adoptar ciertas leyes con un efecto discriminatorio, como las leyes antiaborto o las leyes que no permiten la unión civil entre personas del mismo sexo. Igualmente, se puede hacer a través de la captación de impuestos en sistemas fiscales regresivos que afectan más a los pobres (Jiménez *et al.* 2017), al no brindar servicios sociales, por ejemplo, en los sectores de educación y salud, al promover proyectos de inversión que afectan negativamente a las poblaciones en los territorios donde se llevan a cabo (Bebbington 2012) o al criminalizar a ciertas clases sociales (Müller 2018;

2002; Kreckel 2004; Milanović 2005; Korzeniewicz/Moran 2009; Boatcă 2015). Estas “desigualdades globales interdependientes” (Braig *et al.* 2015) se hacen visibles en fenómenos como el cambio climático, las cadenas de producción (Damonte/Schorr 2022) o de cuidado globales (Skornia 2014) y también, en los regímenes que engloban acuerdos internacionales y regulaciones legales entre estados, privados u otras organizaciones (ejemplo: régimen internacional de derechos humanos, entre otros.) (Göbel *et al.* 2014).

Doran 2017). También, la concentración de recursos y poder en las ciudades capitales, en detrimento de las entidades subnacionales, contribuye a la producción y perpetuación de desigualdad (Brosio/Jiménez 2012). Por último, las prácticas de corrupción política en América Latina son un factor preponderante de mantenimiento de las desigualdades (Rotberg 2019). A través de ellas se desvían fondos públicos, de tal manera que no proveen bienes públicos a los sectores que más los necesitan, sino que benefician a ciertos individuos (Gupta *et al.* 2002; Kaufmann 2015).

El último productor de desigualdades es la propia sociedad, que, en su devenir cotidiano, genera asimetrías entre diferentes grupos. Este tipo de desigualdad nace a partir de la existencia de normas, comportamientos y prácticas que encasillan a ciertos individuos o grupos sociales dentro de categorías que refuerzan prejuicios y rasgos discriminatorios (tener la piel oscura, vivir en un barrio marginal, ser mujer indígena, ser migrante ilegal o pertenecer a una casta, por ejemplo). Estas se reproducen y se legitiman en las interacciones sociales cotidianas. La literatura destaca el miedo a lo *ajeno* y la competencia por recursos escasos como algunos de los motores de la discriminación étnica (Olzak 1992). En otros lugares, supuestos tradicionales que justifican la dominación de un grupo sobre otros, es decir, ciertos factores culturales, operan como mecanismos de discriminación y exclusión (como el sistema de castas en la India). Otros autores, muchos de ellos siguiendo la obra de Pierre Bourdieu (1998), resaltan el importante papel de la educación y la socialización específica (*habitus*) al explicar el surgimiento y la persistencia de estas desigualdades horizontales que marginan a ciertos miembros de la sociedad (Blossfeld/Klijzing 2005).

En un intento de ligar los ámbitos público y privado y de revelar cómo las relaciones entre ambos producen y perpetúan las desigualdades sociales, la investigación ha ido centrándose recientemente en las capas sociales más afluentes de las sociedades: las elites. Se ha explorado cómo y por qué los sectores más acaudalados producen o perpetúan desigualdad para mantener o incrementar sus propios privilegios (Boyce 2002; Boix 2003; Winters 2011; Cárdenas/Robles-Rivera 2020; Gilens 2012; Bárcena/Prado 2016; Atria/Viveros, en este libro). Estos trabajos destacan las estrategias de influencia política que despliegan las elites para mantener o incrementar su riqueza (Fairfield 2015; Bogliaccini/Luna 2016; Durand 2016; Crabtree/Durand 2017; Bril-Mascarenhas/Madariaga 2019). Estos mecanismos consisten, principalmente, en la ocupación de altos cargos públicos, desde donde deciden las reglas políticas que se aplicarán en los diferentes países, la corrupción

de los órganos del Estado (sobre todo, el sistema judicial), la colusión de empresas privadas o la *puerta giratoria* (Durand 2016; Cañete Alonso 2018; Durand 2019). Pero también las elites despliegan su dominio a través de la financiación de campañas electorales y el control de grandes medios de comunicación, lo que les da mucho poder, permitiéndoles influenciar tanto la opinión pública como los tomadores de decisiones (Robles 2021).

La mirada microsocial: las desigualdades “en nuestras vidas”

En los últimos años se ha forjado el consenso internacional de que las desigualdades afectan no solo a las oportunidades de desarrollo y bienestar individual, sino que son un flagelo que afecta a la sociedad en su conjunto (World Bank 2017; OECD 2011; Atkinson 2015; Piketty 2014; UNDP 2005, 2011, 2016). Como se ha señalado al inicio para el caso de América Latina, se han recogido importantes datos agregados sobre los efectos negativos causados por las desigualdades. Desde estas cifras, que muestran las tasas de pobreza, el acceso de la población al sistema educativo o al mundo del trabajo, etc., se pueden intuir, ciertamente, los efectos que las desigualdades sociales pueden tener sobre los individuos (Schorr 2018).

En los últimos años han surgido diferentes abordajes y se han elaborado herramientas conceptuales para captar con más detalle y profundidad cómo las personas y los grupos sociales experimentan la desigualdad en la vida cotidiana. Mientras unos permiten deducir efectos multidimensionales sobre los individuos, más allá de la carencia material, otros se hacen eco de la necesidad de incorporar miradas que incluyen elementos simbólicos, subjetivos y relacionales a los estudios sobre las desigualdades. Entre ellos figura el trabajo del sociólogo Göran Therborn (2013), quien ha elaborado una tipología de desigualdades que va más allá de las de recursos (ingreso y patrimonio), que clásicamente han acaparado la atención académica. Therborn agrega dos tipos: las desigualdades vitales, que afectan a la integridad y el desarrollo de los cuerpos, así como a la salud física y psíquica de las personas, y las desigualdades esenciales, que se refieren a la asignación desigual de atributos que constituyen a las personas, la dignidad, la autonomía y la libertad. El autor enfatiza que los diferentes tipos de desigualdades se entrelazan, interactúan y se refuerzan entre sí. En una línea similar, aunque con un enfoque empírico en los países de la OECD, el trabajo de Pickett y Wilkinson (2009) revela los varios efectos físicos y psíquicos que las

desigualdades pueden tener en los individuos y, por extensión, los altos costos que aquello provoca para la sociedad en su conjunto.

Del mismo modo, vale la pena destacar los estudios sobre las desigualdades de trato o de dignidad, así como aquellos que ven en esta problemática la principal fuente de abuso y humillación hacia los grupos más vulnerables de la sociedad (Sayer 2005, 2011; Araujo 2009, 2013, 2016; Therborn 2013; Jogdand *et al.* 2019).

En el apartado siguiente se discuten las principales contribuciones de estas literaturas a la luz de los casos que conforman este volumen.

Efectos físicos y psíquicos de las desigualdades

El primer tipo de desigualdad de la tipología elaborada por Therborn es la vital. Con ello comprende los efectos que las desigualdades tienen sobre la integridad de los cuerpos, la salud humana y, en última consecuencia, si vivimos o morimos. Desde una perspectiva individual, recuerda que los individuos experimentan las desigualdades en términos de efectos corporales, como algo que inflige sufrimiento, lesiona y, que, en última instancia, mata.

Quizás sean los estudios de género los que más han llamado la atención sobre estos efectos en los cuerpos femeninos, que se expresan en forma de violencia física y psicológica. Los feminicidios muestran, ciertamente, una de las caras más crudas de la problemática en América Latina. En cifras agregadas, la Organización Mundial de la Salud (OMS) calcula en un estudio que entre el 30 % y el 50 % de las mujeres han sufrido violencia doméstica en Bolivia, Ecuador, el Perú y Paraguay (WHO 2013). Varios países centroamericanos están entre los diez del mundo con las tasas más altas de este delito (Sagot Rodríguez 2013). Esta violencia es el motivo principal que empuja a las mujeres centroamericanas a migrar, poniéndolas en un camino no menos peligroso para su vida y bienestar (Fernández, Soria Escalante, en este libro). Lo mismo ocurre con los jóvenes, la población indígena y el colectivo LGBTI, quienes se arriesgan a cruzar fronteras ilegalmente para escapar de la violencia y la muerte que los acechan en sus lugares de origen.

Varios estudios de caso en este volumen no solo muestran datos agregados de la violencia que se ejerce sobre las mujeres en distintas latitudes de la región, sino que también relatan cómo la sienten y experimentan sus

víctimas. Uno de los casos más alarmantes lo muestra el artículo de Soria, quien revela las crueldades y vejaciones físicas, psíquicas y sexuales a las que son sometidas las mujeres centroamericanas en su tránsito migrante por México, forzándolas al límite de la muerte.

Mientras los migrantes sufren violencia y un trato discriminatorio por parte de otros migrantes, por las autoridades y por la población en general, las mujeres experimentan la migración de forma intensificada por su misma condición biológica. Como resalta Soria, los hombres generalmente no son blanco de violencia sexual, como sí lo son las mujeres. Es trágico constatar que el riesgo de ser violada y violentada es “bien sabido” entre las mujeres y “que se presenta casi como un hecho inevitable”. Ante esto, incluso se preparan, por ejemplo, tomando anticonceptivos para protegerse de quedar embarazadas como consecuencia de los abusos sexuales (citas en Soria, en este libro). Lo que se revela de fondo la interseccionalidad discutida en el capítulo de Zapata (en este libro), donde el género funciona como categoría transversal que se interseca con otras (pobreza, falta de derechos, etc.), mellando la existencia cotidiana de las mujeres, en especial, de aquellas que sufren las desigualdades hasta de las maneras más brutales.

Sin embargo, la violencia y la muerte, como producto de la desigualdad, también ocurren en otros ámbitos independientes del género. En general, las investigaciones han demostrado que existe una fuerte correlación entre el grado de desigualdad social y la ocurrencia de conflictos sociales y la presencia e intensidad de la delincuencia (violenta) (Pickett/Wilkinson 2009; Neumayer 2012; Frei/Orchard, en este libro). En América Latina los conflictos sociales van al alza durante los últimos años, en parte, motivados por la falta de derechos (sociales, políticos y económicos) y las sucesivas crisis económicas globales. A nivel local, el avance y expansión de la industria y de la agroindustria no solo han infligido sufrimiento a las personas que tienen serias dificultades para acceder al agua o a la tierra, sobre todo, en las zonas rurales, donde predomina la economía campesina (Damonte/Boelens 2019), lo que provoca pobreza y desplazamientos forzados, sino que también han motivado protestas y conflictos, muchas veces reprimidas brutalmente por las fuerzas de orden y seguridad (para el caso peruano, ver Paredes/Schorr 2021).

Algunos países de América Latina poseen un largo historial de violencia, ya sea política, callejera, entre pandillas o bandas de narcotraficantes, y comparten tasas de criminalidad que han visto un aumento durante las últimas tres décadas (Hilgers/Macdonald 2017). En este escenario, son los

pobres los que más sufren situaciones de violencia entre sus mismos pares, en sus comunidades y barrios, dado que son los segmentos menos protegidos por el Estado (Neumayer 2005), a la vez que son los estratos donde más se concentra la violencia ejercida por la policía (Müller 2018). Como afirma Araujo (2019) para el caso de Chile, “la sociedad chilena exhibe una de sus desigualdades más crudas en la brecha entre zonas urbanas con amplios espacios públicos y zonas verdes, frente a barrios donde es imposible salir de noche por temor a perder la vida”.

La violencia e incluso la muerte también son omnipresentes para los defensores ambientales de la región que se oponen a depredadores individuales y corporativos en sus territorios. Ante la desprotección absoluta, muchos de ellos viven una vida impregnada de temor al sufrir amedrentamientos, amenazas y ataques violentos, que incluso pueden causarles la muerte. De hecho, en la actualidad, América Latina es el lugar más letal para activistas medioambientales, con Colombia ocupando el primer lugar en el mundo en esta medición (Global Witness 2021).⁶

Es importante entender que las desigualdades también afectan a los cuerpos enfermándolos. Además de por Therborn, este punto también ha sido destacado por Pickett y Wilkinson (2009) al mostrar la fuerte correlación que existe en los países de la OECD entre las altas tasas de desigualdad y la prevalencia de ciertas enfermedades, sobre todo, crónicas. Muchas de ellas están relacionadas con la mala nutrición, que es el tema del capítulo de García Grandón (en este libro). La autora relata que, desde la década de 1970 en adelante, las prácticas de abastecimiento de alimentos y las dietas han cambiado en todo el mundo debido a la expansión de los supermercados y de los alimentos industrializados, la urbanización, el mayor uso de instrumentos financieros en la compra de ingredientes y alimentos en general, así como al aumento en los precios de los mismos. Estas transformaciones han producido una crisis sistémica que oscila entre el consumo excesivo y el subconsumo de alimentos (Akram-Lodhi/Kay 2012), lo cual afecta de manera desproporcionada a las poblaciones con bajos ingresos.

Una consecuencia de la desigualdad puede ser la hambruna, aunque en América Latina el porcentaje de población en este estado había mejorado considerablemente en las últimas décadas (FAO 2021).⁷ En esta región,

6 El segundo lugar en el informe lo ocupa Filipinas; el tercero, Brasil, y el cuarto, México.

7 Aunque globalmente ha vuelto a convertirse en un problema de urgente atención producto de la pandemia de la COVID-19 (FAO 2021).